

Un Oráculo — de María Kingsley

La polución de la Tierra sigue avanzando hacia una coyuntura irreparable. Nos acercamos al día en el que no quedará un solo recodo del planeta donde el aire sea puro, donde los ríos conserven la claridad de sus aguas y la tierra se mantenga pulcra.

Mucho se ha escrito sobre la precariedad de la Tierra. Mucho se ha discutido también, y muchas han sido las sugerencias que se han formulado. Pero ¿cómo encontrar la solución a estos problemas si no le preguntamos a la Tierra misma? ¿Cómo quiere sanar la Tierra? ¿Qué es lo que necesita?

En la antigüedad la Tierra era venerada como ser sagrado. Era alabada con oraciones, ritos y sacrificios. Se visitaban sus templos y santuarios para ofrecerle plegarias y ofrendas, y allí se pedía su ayuda y su consejo.

Mucho ha cambiado nuestra actitud desde aquellos tiempos. Ya no reconocemos a la Tierra como ser sagrado viviente. Ya no le ofrecemos nuestras súplicas, ni se construyen santuarios en su honor. Pero existe aún algo que no ha cambiado, y es esto: todavía le podemos preguntar.

Y así ocurrió una mañana, propiciado por el sueño de una amiga. Soñó que la Tierra era una mujer que la gente maltrataba, y que ella lloraba porque ya no podía sustentar a sus hijos. Fue un sueño de una profunda intensidad, y le provocó a mi amiga un dolor desgarrador. La Tierra no sólo era vejada, sino que también sufría porque ya no era capaz de velar por nosotros -- por quienes la ultrajaban.

Por fortuita coincidencia ese mismo día nos proponíamos visitar el templo de Apolo en Delfos. Apolo era conocido como el dios de la profecía. En la antigüedad su célebre oráculo en Delfos era reconocido como uno de los sitios más sagrados del mundo. Acudían a éste todo tipo de consultantes -- reyes y guerreros, así como el pueblo raso -- en busca de ayuda y consejo. Las sentencias de la Pitia, la sacerdotisa de Apolo, significaban la vida o la

muerte para quien las solicitaba y eran sus palabras las más poderosas que se podían jamás escuchar.

Y ahí mismo nos encontrábamos, entre las ruinas de lo que en su día fue un magnífico templo. Han transcurrido muchos siglos desde que desapareció la última Pitia y desde entonces Apolo ha guardado el silencio. Aquel día las ruinas del oráculo ostentaban sólo una pila de piedras rotas con algún que otro pilar erguido.

Me senté en una roca en frente del templo y una terrible desesperanza se apoderó de mí. Desde aquella mañana, cuando escuché en todo detalle la dolorosa misiva del sueño, estas preguntas ardían en el interior de mi pecho: *¿Cómo puede la Tierra sustentar a sus hijos? ¿Cómo puede evitar la Tierra el sufrimiento?*

Permanecía sentada en silencio sobre la roca cuando escuché una voz decirme: "Pregunta." ¡Claro! Me encontraba en un oráculo. ¿Que importancia tiene que el templo sea ahora una ruina y que la gente ya no se acerque aquí para consultar a la pitonisa? Los dioses no desaparecen porque dejemos de recordarles. El poder que concedía los oráculos todavía estaba presente aunque no existiese una profetisa. Al fin y al cabo este era el oráculo de Gaia -- la diosa de la Tierra -- antes de convertirse en oráculo de Apolo.

Pregunté. Y con los ojos todavía cerrados pude ver a una joven, sentada en un taburete, que me dirigía una mirada directa y penetrante. Entonces cerró los ojos, e inclinando la cabeza hacia atrás hizo aparecer a su izquierda toda una visión. Fue como si una nube se hubiera disipado y en su lugar pude percibir a cientos de personas, casi todas mujeres, arrodilladas sobre la tierra en lo que me pareció un campo vasto e inmenso, sin aparente principio ni fin. Sus cuerpos se movían rítmicamente en perfecta sintonía, inclinando hacia delante la cintura y acercando así la frente a la tierra. Y repetían esto una y otra vez, en absoluto silencio. Era ésta su oración, rezo silencioso de cuerpo y corazón en reverencia a la Tierra.

La visión duro sólo unos instantes pero me percaté de que mi cuerpo se inclinaba ahora con ese mismo movimiento rítmico y comprendí que es así

como la Tierra sanará: con la ofrenda de nuestros cuerpos y nuestros corazones en súplica a ella.

Fue ésta la respuesta del oráculo a las preguntas que ardían en mi pecho.

© 2013, Maria Kingsley

Este artículo fue publicado en el diario digital Huffington Post el 18 de julio de 2013

Si desea saber más sobre la labor de Maria y Peter Kingsley, diríjase a
www.peterkingsley.org